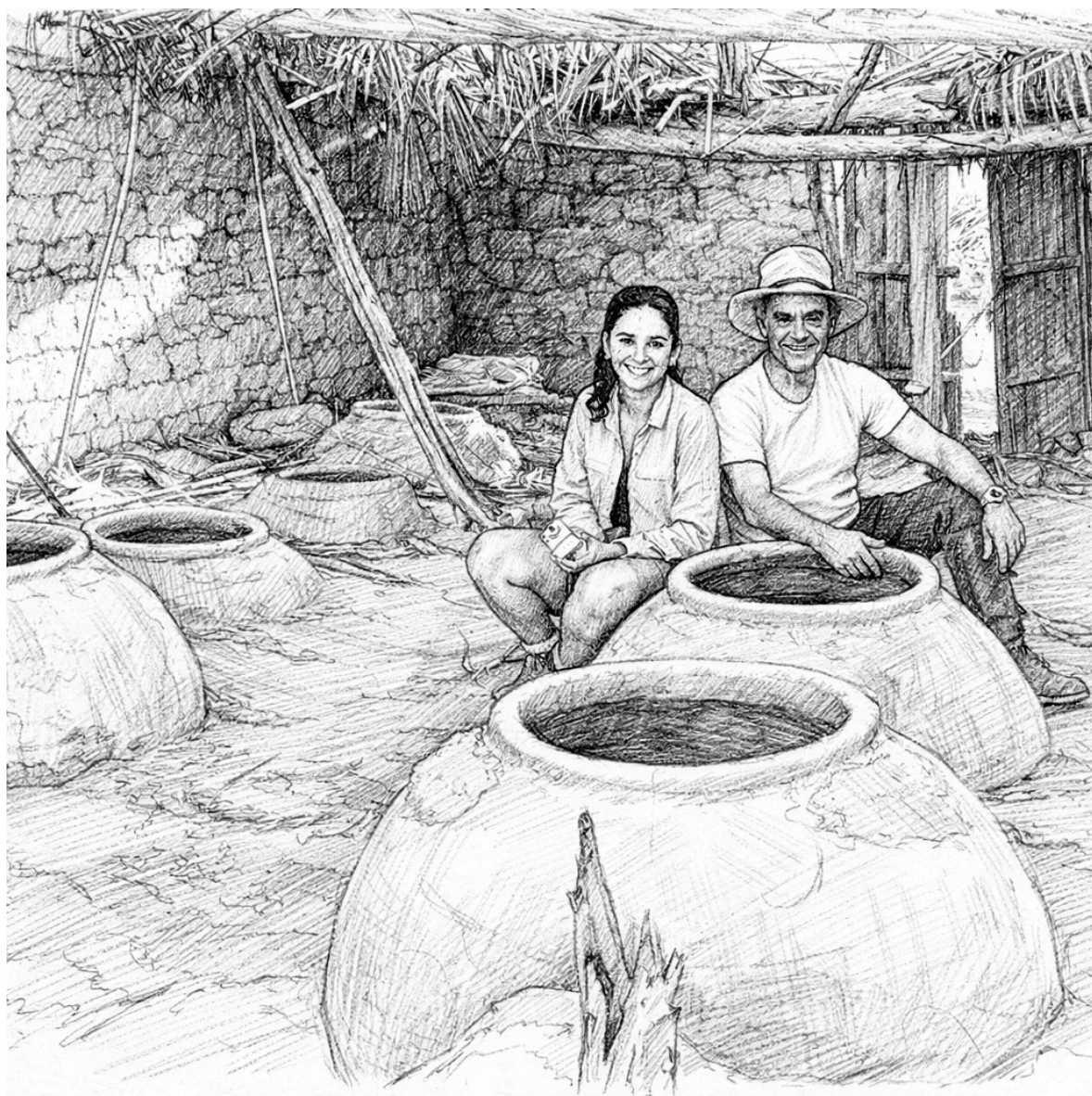


A lomo de Caballo, Memorias del valle de Codpa

Relato para quienes no conocen a Calaunza, Pintatani y Cachicoca



Renato Aguirre Bianchi

lautaro@yahoo.com

Febrero de 2026

Introducción

Mi primer encuentro con Calaunza fue a pie, muchos años atrás, caminando con el dueño del lugar por terrazas fluviales prehispánicas. Allí, en el sector medio de la quebrada de Vítor, la piscina inmensa —regalo caótico del terremoto de 2001— reveló el alma chamánica del sitio: serpientes petrografiadas custodiando el agua sagrada.

Pintatani y Cachicoca llegaron después, en sendas jornadas robadas a cabalgatas multitudinarias hacia la Fiesta de la Vendimia en Codpa con descensos zigzagueantes desde pampa y ceja y caballares criollos viviendo peripecias cordilleranas. Para quienes no conocen estos tesoros de Arica-Parinacota (Chile), este relato amalgama pasos y trotes en memorias vivas del valle.

Calaunza

Con mi hija mayor, Paula, caminábamos la ribera sur del río Codpa, a menos de 1 Km de la casa patronal de Calaunza, cuando el dueño señaló las primeras rocas rodadas. Calaunza, la biblioteca de petroglifos secreta, de la cual no hay registros detectables, se abrió ante mis ojos por primera vez, año 2001.

En casi todas las grandes rocas que han rodado en épocas pretéritas desde la ladera hay petroglifos, cientos de petroglifos representando humanos, auquénidos, cabras, perros, figuras geométricas, ¿un sapo? y muchas serpientes.

Toda esa magia estaba antes custodiada por la mejor serpiente que he visto en petroglifo: dominando la casa patronal desde la ladera sur y a unos 50 m de altura, una gran roca mostraba un magnífico panel donde estaba labrada una culebra con una cabeza claramente definida y que estirada tendría unos 3 m de largo. Esa figura dominante otorgaba el sello mágico al lugar.

La serpiente o *amaru* se vincula al culto del agua, incluyendo ríos y canales de regadío. Nada pudo ser más importante que el agua para los primitivos habitantes u ocupantes en tránsito del lugar y tal vez generaba conflictos a juzgar por la existencia de imágenes de guerreros entre los petroglifos.

Tras casi seis horas de marcha ocupadas en descender al valle desde la desolada pampa, dar el agua para el riego de las vides y fotografiar los petroglifos, nos esperaba una piscina natural. El cuasi-terremoto de junio de 2001 provocó un derrumbe de la pared norte del estrecho valle, estancando las aguas del río, cuyo lecho es pura roca pulida, sin barro. Se formó así una piscina natural de 80 x 15 m y una profundidad de 2,5 m, con agua verdosa transparente, cálida en la superficie y fría en la profundidad. Los chamanes y las serpientes esculpidos en las piedras, quienes llevan siglos bajo un sol permanente, nos autorizaron —no sin envidia— a que disfrutáramos como niños chapoteando.



Guerrero adornado con ¿plumas de ñandú?, armado de arco y flecha. De cerca lo observa un individuo cabezón que podría ser un chamán.

Los andinos piensan que la Pachamama, los cerros, animales y elementos de su entorno, tienen consciencia de sí mismos, deseos, obligaciones y sentimientos. El cerro sabe que debe velar por el territorio que domina y el cóndor es su ayudante y mensajero. Me gusta pensar que es así y que Arica es un ente inanimado con personalidad, que me habla y que hace mucho aceptó ser mi madre cósmica, aunque yo haya nacido santiaguino. Esa vez, cuando nadaba en la “piscina”, me dijo: *“por el amor que Uds. me tienen, quise hacerles cariño con esta sorpresa”*...



“Piscina” natural de Calaunza, producto de un desprendimiento de la ladera del valle durante el terremoto del 2001. Solo duró unos pocos meses.

¡A cabalgar!

En esa época, con dos amigos, teníamos caballos en el hipódromo y muy a menudo cabalgábamos por el entonces pastizal de los bajos de Chinchorro o, los domingos, cabalgábamos hasta el valle de Lluta para desde allí cruzar la pampa hasta mi parcela en el kilómetro 10 del valle de Azapa, donde siempre nos esperaba “un cerro” de exquisitos camarones de río. Pero, tras conocer la magia de Calaunza, yo soñaba con conocer el resto del sector medio del valle de Codpa, a lomo de caballo obviamente.

Eso se materializó en el año 2005, tras varias exitosas cabalgatas a Codpa, con una tropa ya afiatada, aperos apropiados para cabalgar en la sierra y familiaridad con las extensas pampas que deberíamos cruzar por donde fuera que accediéramos al valle.

Para quienes disfrutaban la equitación de largo alcance, las pampas tienen un cierto atractivo, por la aventura en sí y por los trucos con el caballo que de vez en cuando se ensayan. Pero ese relato no es entretenido para los lectores, por lo que empezaremos en la ceja de la pampa, donde esa vez iniciamos el descenso a la quebrada de Codpa-Vítor.



Sitios de interés de la quebrada de Codpa.

Por entonces, en un fallido intento por convertir a ese sector en una atracción turística, se había elaborado un camino apto para vehículos 4 x 4, pero preferí descender por el mismo lugar del anterior trayecto a pie.

Estaríamos en Calaunza solo un día, pues al siguiente debíamos estar en Codpa para la ceremonia inaugural de la Fiesta de la Vendimia. Y si bien sabíamos que habían abierto una precaria vía para vehículos hasta cerca de Pintatani, nos aseguraban que iba a ser imposible —totalmente imposible— continuar desde allí hasta Codpa.

Nuestra tropa estaba formada por cinco jinetes ya fogueados, incluyendo a mi amigo-socio Carlos Requena; Yoyo, un cordial empresario agricultor que monta como campesino de manera envidiable y Jerónimo, el arriero experto en mulares que conocieron quienes leyeron el relato “A Lomo de Caballo, Cordillera de Arica” ([A lomo de caballo.pdf](#)).



Antes de comenzar el descenso, mi hija Valeria con su yegua Tayka (preñada) y mi Sumalla.

Convencidos de que una gestión extrema depende, como todo lo que es gestión humana, más de la capacidad de los líderes para conseguir la unidad de la tropa que de sus componentes, invitamos a personas bien seleccionadas por lo que creíamos que sería su respuesta al desafío.

Comprenderá que en medio de una pampa árida y una sierra abrupta y a horas o días de socorro humano, sin más agua, abrigo y alimentos que los que pueden anexarse a la montura y ante una ruta que los locales creían intransitable, basta un personaje discordante para que la misión fracase. Por primera vez no contaríamos con ningún apoyo logístico ajeno a nuestras posibilidades.

Desde luego, invitamos a don "Nacho", mi instructor en el Centro Ecuestre militar, un profesional de la equitación en serio, quien había recorrido el altiplano en múltiples campañas pero que no conocía la ruta que proponíamos ni había vivido la experiencia de una tropa civil de heterogéneas capacidades pero dispuesta a participar sin afanes de protagonismo egocéntrico ¡Qué magnífico aporte resultó don Nacho! Como experto y como persona, impecable.



Don Nacho y Carlos Requena.

No podían faltar las damas: Ana María, empresaria de Turismo que empezó su experiencia ecuestre con nosotros pocos meses antes, pero que valiente y eficientemente había ya cabalgado el más difícil trayecto que nuestro grupo ha hecho jamás: desde Lluta a Socoroma ida y vuelta por senderos mucho más complejos, lo que no puede dimensionarse si no se los ha cabalgado. Nos acompañaba también mi hija Valeria de 15 años, con alguna instrucción en Inglaterra, un año en nivel básico en el Centro Ecuestre de Arica y cabalgatas no muy complejas de hasta ocho horas. Egon, un muchacho de 12 años que cuidó a nuestros caballos en su parcela por un par de meses, quería sentirse como jinete todo-terreno en su recién adquirido caballo y aperos, y lo incorporamos pese a su escasa experiencia.



El único abuelo



Egon

También participó Leo, colega pediatra con tres años de adiestramiento en el Centro Ecuestre y una cabalgata a la cordillera en el sur de Chile. Pese a su usual parsimonia de serena madre de familia, no dudó en acompañarnos.

La guinda de la torta y nuestro gran riesgo sería Joanna, rebautizada “Suma Jo” (*suma* = linda en aymara), una joven e inteligente santiaguina fascinada por el pasado de la sierra iquiqueña y a quien solo conocíamos a través de intercambios de información vía Internet y cuya experiencia ecuestre se limitaba a una cabalgata en la Isla de Pascua. La personalidad que destilaba a través de la interacción vía Internet la hacía muy atractiva como persona y para demostrarnos que la organización, disciplina y experiencia ya adquiridas nos aseguraban que podríamos cuidar de ella. Con un inusitado entusiasmo y confianza en personas que no conocía, aceptó nuestra invitación y superó todas nuestras expectativas.



Las damas: Leo, Ana María, Suma Jo, Valeria.

Los equinos eran también novatos en su mayoría. Un caballo chico pero corajudo (el Chinchorro), así como la Tayka (una yegua preñada) y el inmenso Quinterano, ya habían vivido la extrema experiencia de Socoroma. Otros tres equinos tenían una breve experiencia serrana pero para el resto, incluyendo a las dos mulas de carga recientemente adquiridas en Antofagasta, sería su prueba de fuego. Carlos montaba a una hermosa yegua blanca harto nerviosa y yo a mi Sumalla ("hermosura" en aymara), muy asustadiza y recientemente reentrenada. Ninguna de las dos había sido probada en la sierra.

Lo difícil no era llegar y recorrer Calaunza, que es lo que haremos en esta sección del relato. El desafío era llegar más arriba de Pintatani, hasta Codpa y en una fecha y hora determinados (ver mapa de la página 5). Un baquiano de Calaunza nos juraba que nos íbamos a ver obligados a devolvernos por el mal estado de la abandonada ruta tropera y las abruptas pendientes que tendríamos que subir.

Si la composición de la tropa y la incertidumbre de la ruta le parece una temeridad, debo enfatizar que nuestras experiencias previas con jinetes y cabalgaduras novatas nos habían demostrado que, bajo el eficiente liderazgo de Carlos y con cuatro jinetes con experiencia, todos bien aperados y tras una intensa preocupación logística, no cabía ninguna duda de que mi hijita estaría bien protegida y que no podría negarle la gran aventura ecuestre de su vida.

Por lo demás, debía demostrarle que *"por donde pasa el viento, pasa el ventarrón de nuestra tropa"*...

Bajamos por la estrecha huella antigua, que es más directa que el nuevo camino vehicular, lo que también sirvió para introducir de a poco a los novatos a lo que después serían más difíciles huellas, y corregir problemas menores como un par de sillas que se resbalaban hacia adelante.

Hay que bajar hasta una quebrada seca, pasando por un sector que llaman resbaladero con justa razón, volver a subir y luego seguir bajando en diagonal, hasta que por fin aparece el verdor del angosto valle, bendecido por el agua que viene de Codpa. En un par de horas llegamos a Calaunza, donde encontramos a la matriarca del lugar, quien con sus 94 años había cabalgado hasta allí para la vendimia.



Don Nacho achicado por el Quinterano, alias “el elefante”. Carlos lo compró en Quinteros, donde tiraba de los lanchones para subirlos a la playa. Lo usaba para tirar a su calesa pero cuando empezamos a montarlo le descubrimos una habilidad inesperada: una entusiasta disposición a la monta y gusto por interactuar con un buen jinete. Para don Nacho, quien ha perdido la cuenta de los animales que ha montado, el Quinterano se incorporó a la lista de sus animales favoritos. Verlos interactuar era una poesía y si el jinete le relajaba las riendas, el animal inmediatamente buscaba con su cabeza restablecer el contacto. Un caballo que nació sabiendo...

Dicen que más o menos en 1945, el patriarca de Calaunza —don Humberto— arrendaba Chaqui (ver mapa) cuando tuvo una aparición divina que le sugirió que se hiciera de las tierras de más arriba, 5 km al poniente de Pintatani. Hasta los inicios del siglo actual su viuda, nonagenaria, cuidaba esas tierras y aún se producía allí uno de los más genuinos vinos Pintatani que van quedando, sin las habituales adulteraciones como el agregado de higos, chancaca u otras sustancias para endulzarlos.

La modesta y única casa patronal es de barro y madera y su terraza ofrece casi la única sombra que existe. Un lagar inusualmente grande es lo que primero nos saluda; es donde se pisa la uva para extraer su jugo. El lagar comunica con un espacio similar en el interior de la bodega (el puntay), rodeando al cual hay grandes toneles llenos de vino, antiguas prensas con tornillo de madera y, por todas partes, reliquias que harían la delicia de un anticuario: un magnífico fuelle para las labores de herraje, angarillas para recolectar las uvas y cargar a los mulares, un sistema de ganchos para colgar la carne —no es fácil vivir sin refrigerador—, un gran mortero de piedra y unas hermosas tinajas en forma de zanahoria que se entierran y sirven para guardar vino o agua.



Lo primero que se ve de la Hacienda de Calaunza.

Éste tuvo que haber sido un lugar muy especial para los ocupantes prehispánicos. Aunque a 10 o más metros de altura en relación al río, las terrazas fluviales por las que caminamos revelan un claro patrón de una pretérita y muy antigua ocupación agrícola, con esbozos de hileras de piedras delineando lo que hace mucho, muchísimo, fueron terrazas de cultivo (*patanaka*). De cuando en cuando, la semioculta evidencia de un grueso tronco de árbol confirma un pasado con abundante riego por vías que no consigo detectar.

Holgazaneando en Calaunza

Habiendo llegado a Calaunza, teníamos buena parte de la tarde para visitar los petroglifos y armar el campamento.

A poco andar aguas abajo de la casa, a los pies de la ladera meridional del valle, hay rocas que han rodado en épocas pretéritas desde la ladera, cubiertas por cientos de petroglifos.

Entrar a ese largo espacio inicialmente oculto por vegetación alta, es como dar un salto al pasado. Las piedras hablan en el idioma de sus imágenes, del que apenas entendemos fragmentos.

Hay un hombre, explícitamente macho, con cabeza de cabra y manos con 3 largos dedos,



quien, como otros petroglifos del ámbito andino, y también del Viejo Mundo, emite rayos desde sus pies. Haría las delicias de un ufólogo.

Hay otro con adornos en la cabeza y cuyas piernas, de la rodilla para abajo, están como metidas en un canasto redondo o algo similar y figuras estilizadas de grandes balsas, como las de totora del lago Titikaka, con varios tripulantes.



Hay una gran diversidad de otros petroglifos con figuras extrañas o curiosas: desde luego, auquénidos, pero también un sujeto gordito,



animales antropomorfos como un anuro y una ave con dos pares de alas,



aves más naturales asociadas a figuras extrañas



y un ¿parto? asociado a una araña, entre otras rarezas.



Petroglifos que poco entiendo. El primero parece corresponder a un individuo con un complicado adorno cefálico, encerrado en un marco decorado. El segundo panel muestra a ¿una mujer pariendo?, ¿una araña? y algo extraño.

Es posible que muchos, si no la mayoría de esos petroglifos, sean del Período Intermedio Tardío (± 1000 d.C.), pero algo lejos de esta “biblioteca de petroglifos”, en el corral para las cabras vecino a la casa patronal, el que aprovecha a un gran peñasco cubierto de petroglifos como esquina, resaltan dos imágenes que me parecen de influencia incaica (Período Tardío): un sol al lado de una mata de maíz.

Pero en el sector de “la biblioteca”, en un lugar un poco apartado, hay un cementerio con ofrendas de cerámica Pocoma (Cultura Arica, Período Intermedio Tardío), lo que sugiere presencia de personajes de tierras bajas, del ámbito de Arica.



Ofrendas funerarias en un cementerio rodeado de petroglifos. El ingenioso peine hecho con espinas de cactus aparece en Arica durante el Período Medio, seguramente copiando a los altiplánicos.

Sin embargo, ¿porqué tantos petroglifos? Cabe suponer que Calaunza era para los caravaneros de la cordillera y el altiplano un tambo, un lugar para descansar y aprovisionarse de agua antes de continuar con la caravana de llamas cargadas de productos de altura para trocar por productos del mar. Cuentan los codpeños que hasta principios de la década de 1990 bajaban los “marchantes” al valle, conduciendo caravanas que portaban lana, *ch’arkhi*, quinua y otros productos que trocaban por frutas y verduras...

Pues esos “marchantes” de hace tal vez un milenio, tal como los “marchantes” de Codpa y los caravaneros de antaño en el Perú, hacían “magia” en el espacio adyacente a sus apachetas.

El hombre-caprino de tres dedos y “rayos” que emergen de sus pies es mágico y la magia de todo ese lugar me afectó: comprendí que la quebrada entera era un archivo, y nosotros habíamos llegado cabalgando sobre siglos...

Plan B manda

Este relato se refiere a eventos del año 2005. Carlos y Jerónimo bajaron a Calaunza horas después que nosotros, por problemas con una mula. Siempre las llevamos sueltas, pero una se arrancó y ellos demoraron mucho en atraparla. No es cosa de perseguirlas pues más rápido arrancan. Hay que sobrepasarla en un trayecto curvo alejado de ella y detenerla desde adelante de ella. Nuestra intención era esperarlos en Calaunza y luego seguir cabalgando un par de horas valle arriba por el sendero de la ladera norte, para acampar en las ruinas de la Hacienda Pintatani. Pero los retrasados tardaban más de lo esperado y sabíamos que nos esperaba un trayecto que se decía imposible. Inquietos, nos ubicamos en un placentero rincón del valle, preparamos café e ideamos un Plan B: quedarnos allí a pasar la noche a menos que los retrasados llegaran cuatro horas antes de que oscureciera. Por nada en el mundo nos arriesgaríamos a tener que acampar de emergencia en una abrupta ladera sin agua, forraje ni puntos firmes para amarrar a los caballos...



Carlos llegando demasiado atrasado a Calaunza, con la traviesa mula.

Al día siguiente debíamos llegar a pernoctar muy cerca de Codpa para poder cumplir con nuestro compromiso con la Fiesta de la Vendimia a mediodía de la tercera jornada. Eso sí que lo conseguimos, pero con muchas dificultades al arribo.

Pues cuando debíamos salir de Calaunza, muy temprano en la mañana, no pudimos hacerlo por una muy densa neblina ("camanchaca") que solo se despejó a media mañana.

Ya no había tiempo para visitar Pintatani y, tras acampar en Calaunza —plan B—, ascendimos a la pampa por un trayecto a media ladera, siguiendo la vía más directa a Codpa, como se muestra en el mapa de la página 5.

La camanchaca nos robó tres horas y yo había calculado que si podíamos transitar por la huella tropera que nos decían que era imposible, necesitaríamos 10 horas de marcha, sin contar los descansos y sin más agua que la que podíamos cargar porque el trayecto se alejaba del río. Lo logramos, pero con serias situaciones al arribo, por irresponsabilidad de la Municipalidad de Camarones.

Pues ese día jinetes, caballos y ruta tropera nos dieron la agradable sorpresa de cumplir con la perentoria necesidad de llegar a Canchones, en la quebrada de Apanza, cerca de Codpa, un lugar solitario con alguna sombra y donde solemos acampar la noche previa a la Fiesta de la Vendimia.

¡Por fin partimos a Codpa!

Por horas transitamos por una huella bastante benigna por la ladera que no habíamos recorrido antes,



Saliendo de Calaunza.

hasta que llegamos a un espacio plano donde empezaba el tramo que me había preocupado durante todo el viaje.



La ruta por la ladera termina en esta planicie. Allí empieza el desconocido ascenso a la pampa. Si éste no resultaba demoraríamos un par de horas en bajar a Cachicoca en busca de agua y forraje, para devolvernos derrotados al día siguiente. Presionados por el tiempo, solo nos detuvimos algunos minutos para ajustar las cinchas y acomodar la carga.

Desde allí no se puede continuar sin subir a la pampa pues las laderas se hacen verticales. Ese trayecto resultó ser un zigzagueante sendero del que disponíamos solo algunos comentarios que nos había aportado un ex-arriero que lo había recorrido cinco años antes, y el inquietante escepticismo de un vaqueano de Calaunza, quien dudaba de que estuviera transitable y no lo había recorrido en años. Afortunadamente resultó factible y la tropa lo enfrentó con admirable determinación y buen humor.



Tratando de llegar a la pampa desde la planicie de la foto anterior.



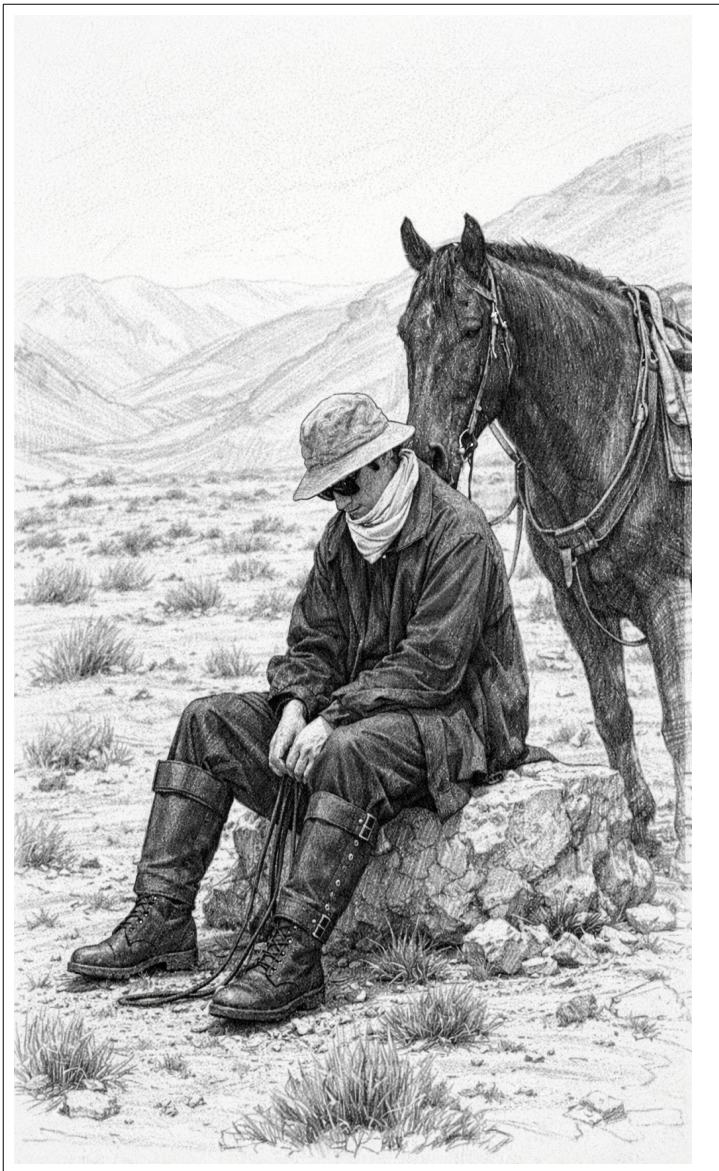
Pampa habemus, ¡por fin! Valeria descansa ignorando la maligna mirada del Diablo que temen los codpeños, oculto en el Marqués, los cerros más altos del fondo.

Tras el ascenso, nos quedaba algo más de dos o tres horas de cabalgata por la pampa para luego bajar a Tierras Blancas, donde empalmaríamos con la ruta que ya habíamos recorrido media docena de veces con otra tropa y cabalgaduras.

Ese día solo necesitamos nueve horas; yo había calculado 10 y en Calaunza nos habían dicho que ocuparíamos dos días ¡Qué tropa! ¡Qué caballos!

Demás para sentirse orgulloso del grupo, de su disciplinada, animosa y serena gestión y jurar que nunca castigaríamos a nuestros nobles animales, pero nos afligíamos porque aún no podíamos premiarlos con algo de agua porque la Municipalidad no había cumplido el compromiso de llevarnos los contenedores.

Creo que durante ese trayecto todos percibieron en carne propia la saga de los antiguos caravaneros y la intrínseca capacidad de los humanos y equinos para hacer un esfuerzo más, olvidando los reclamos corporales. “No hay dolor”, como dice Carlos. Llegar al tambo para recuperar fuerzas, a toda costa: de eso depende llegar al destino final.



Pero —ya en Canchones— para Carlos y Yoyo la cabalgata de nueve horas no había terminado aún. Sin agua para nadie y mientras nosotros armábamos el campamento donde pasaríamos dos noches, debieron galopar los ocho kilómetros que nos separaban de Codpa para conseguir agua para los animales y traer al par de vehículos que allí habíamos dejado antes, con el carro de arrastre que cargaba pasto y ¡cincuenta litros de agua potable y bebidas! Mientras los esperábamos nos imaginábamos con envidia a sus caballos bebiendo agua en Ofragía y luego a ellos devorando bebidas y cervezas en Codpa...

Después de eso ellos debieron volver a Codpa otra vez para traer a sus animales al campamento en el carro. Solo 14 horas después de haber salido de Calaunza y tras haber atendido a los caballos, pudimos decir “misión del día, cumplida” y regocijarnos con un asado bien regado con lo que fuera...

¡Qué linda noche fue esa! Tras el éxito de una jornada dura, incierta en sus comienzos y con inconvenientes

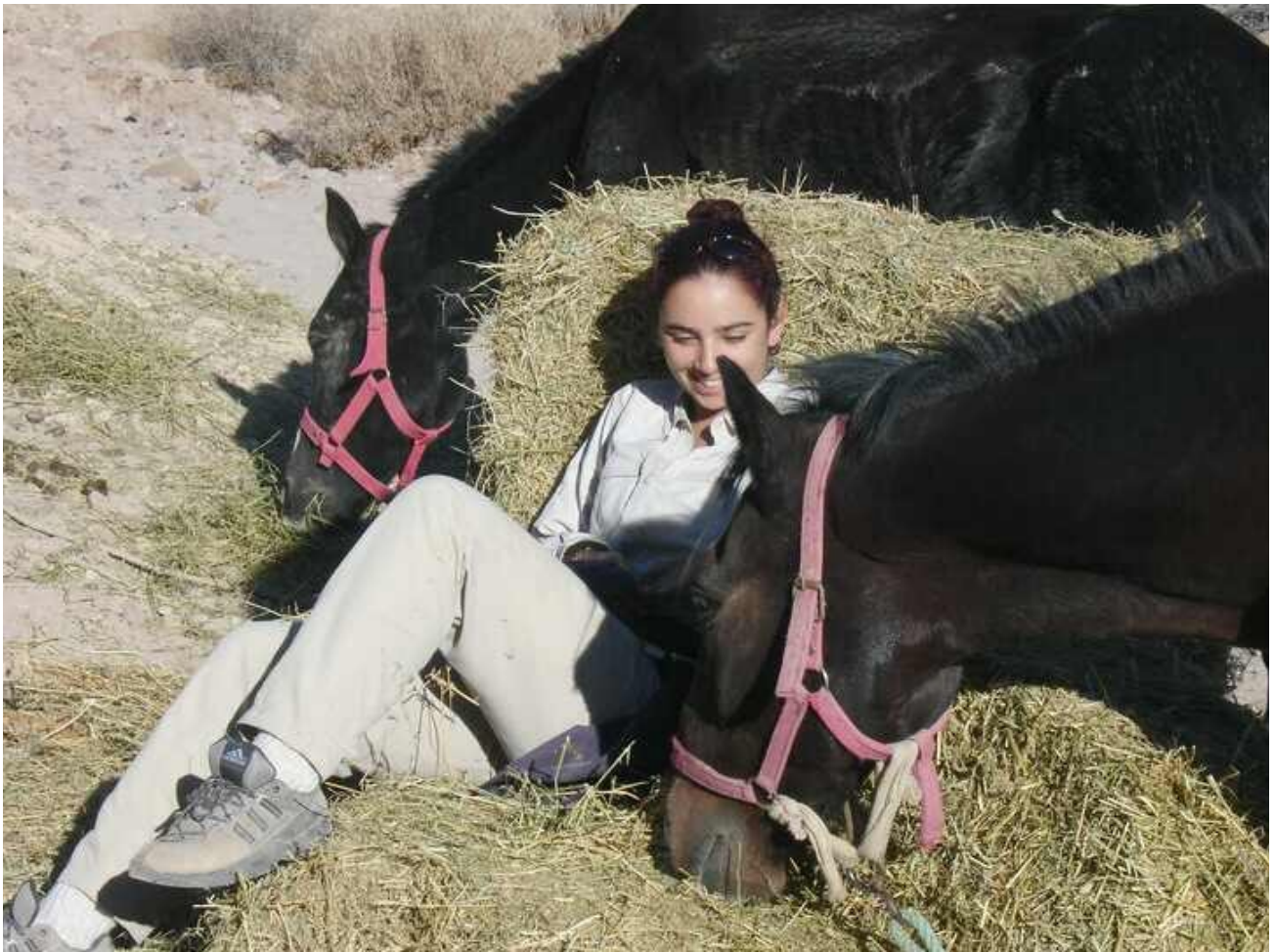
inesperados, nadie puede ya pretender aparentar lo que no es. Los corazones se abren y los recién iniciados descubren porqué insistimos en repetir odiseas de este tipo sin la menor intención de ser alabados por la siempre ausente prensa local o quien sea.

Aunque sea por unos pocos días dejamos de ser individuos solitarios y/o desconfiados y descubrimos que pertenecemos a una estirpe atípica pero que nadie está solo: los 11 jinetes y los 13 caballares ya éramos una unidad armónica que es mucho más potente que el

individuo, tanto, que nos hace sentirnos invencibles. No hay parejas, grupos ni ambiciones de liderazgo: el todo es uno solo, el alma es una sola para todos.

Comprenderá el lector que tras la experiencia vivida y en el descampado, bajo un cielo brillante de estrellas y al calor de una gran fogata, los sentimientos de hermandad se potencian, pero no podrá dimensionar la magnitud del fenómeno si no lo ha vivido.

Al tercer y último día...



Canchones. Antes de iniciar la tercera jornada, Suma Jo interactúa con las esforzadas bestias

Con una tropa tan afiatada, a la mañana siguiente demoramos menos de dos horas en cruzar un tramo de sierra agreste y llegar a los altos de la Cruz de Codpa para descender al pueblo, en el momento preciso señalado por el término de los sones de nuestro Himno Nacional. Bajamos por una pendiente abrupta que desde abajo parece no tener sendero, cuando las autoridades y el pueblo entero estaban congregados para iniciar las celebraciones. Esto debería haber sido relativamente fácil, pero, Ley de Murphy mediante, algo tenía que fallar: las lluvias recientes habían removido la tierra y la huella era un infierno de rocas y fue el tramo más peligroso del viaje.



Vista desde los altos de la Cruz desde donde descenderíamos al pueblo. La foto no consigue mostrar la real dimensión de la pendiente.

Mi asustadiza yegua tuvo una espectacular crisis de pánico por un inesperado incidente y literalmente se lanzó al vacío, pero apoyó los cascos en una roca prominente y en ese momento mi sistema operativo tomó los mandos y “administró” la huida para que la Sumalla subiera de vuelta al angosto sendero. La yegua con la que Carlos lideraba el descenso tiritaba de susto, pero él debía hacerla avanzar para que los otros animales se sintieran capaces de seguirla. En un tramo atroz ordenó desmontar, pero por primera y espero que única vez, nadie le obedeció: nadie quería desteñir y minimizar la gestión caravanera que intentábamos reproducir ante todo un pueblo que veía renacer la tradición arriera de sus antepasados, una vez más resucitada por ciudadanos que no vivieron ese pasado.

Es que, en el trayecto, las ánimas de los caravaneros de Codpa nos habían convencido de que la perseverancia es irrenunciable cuando hay que cumplir una misión...

Pintatani

Dos años después logramos conocer Pintatani. En su tiempo, éste fue mucho más productivo y sofisticado que Calaunza, pero carece de los atractivos mágicos y arqueológicos de ésta.

Calaunza es memoria prehispánica viva en la piedra,

Pintatani es memoria agrícola abandonada en la tierra;

Ambos son dimensiones diferentes del mismo valle, para la misma función

- En Calaunza bebí su vino,
- No alcancé a beber el vino en Pintatani.

Calaunza me embrujó,

Pintatani me entristeció.

El año 2007 decidimos que esa vez repetiríamos el descenso a Calaunza pero, sí o sí, llegaríamos a lo que queda de la Hacienda Pintatani, de donde tomó el nombre el famoso vino de Codpa. Quedan restos de la casa patronal y de la bodega, con varias inmensas tinajas de greda semi-enterradas, de 500 litros, una de las cuales indica que fue elaborada “por un cochabambino en esta hacienda de Pintatani, por encargo de don Agustín Maure en el mes de octubre de 1848”. En el texto de la sección Cachicoca mostraremos tinajas similares, del año 1872.



Ruinas de la Hacienda Pintatani.

El Sr. Augusto Maure debe haber sido todo un personaje. De origen vasco, a fines del siglo XVIII compró la mayoría de las propiedades de la zona y plantó frutales y viñedos para abastecer a Arica y a las salitreras, dejando a un lado los maizales y trigales previos. El año 2007 el lugar pertenecía a los Andía y estaba deshabitado.

Tal vez al vasco le pudo haber ido tan bien que Pintatani hubiera sido hoy un lugar accesible y vigente como Codpa, pero cuenta Luis Urzúa en su libro "Arica, Puerta Nueva", que los codpeños no dejaron pasar el agua valle abajo a fines del siglo XIX, lo que llevó a un recurso ante la Corte de Tacna, la cual falló en 1891 que las aguas eran de quien las captaba. Punto final, casi-muerte de la explotación agrícola aguas abajo de Codpa, fin de los exquisitos vinos originales de Pintatani, degustados hasta por el Papa de entonces.

La quebrada de Vítor es producto de aguas que se colectan en el faldeo cordillerano, a unos 4.000 m.s.n.m. y desciende zigzagueando hasta desembocar en la costa, dando forma a Caleta Vítor.

En su tramo medio (1.000 a 2.000 m.s.n.m.) suele llamarse quebrada de Codpa y es un sector favorable para la agricultura, actualmente centrada en Codpa y vecindario inmediato (Guañacagua al oriente, Ofragía aguas abajo), lugares con los que se comunica por caminos en buen estado. Pero en Ofragía ya no es posible seguir descendiendo por el valle y hay que ascender a la pampa para volver a bajar al *talweg* (Cachicoca) y, para seguir aguas abajo, repetir el ascenso y luego bajar a Pintatani. Desde allí, tras otro tramo intermedio por la pampa, se puede descender hasta el mar.



Quebrada de Codpa.

¡A cabalgar!

Tras varias cabalgatas a Codpa, diversas situaciones nos habían impedido visitar a Pintatani, pero el año 2007 planificamos la cabalgata anual para la Fiesta de la Vendimia de Codpa, de manera tal que ya no habrían impedimentos.

Esta vez éramos 9 jinetes y 3 mulas. Los varones de siempre más Carlos Jr., un virtuoso jinete intuitivo montando a un potro pequeño pero que era difícil hasta que él lo domó con prudencia y determinación.

Adornaban la tropa dos damas: la valiente Suma Jo de Santiago/Iquique (su tercera cabalgata) y mi hija mayor, Paula. Para Paula era su primera travesía serrana exigente y lo hizo montando una silla plana ("inglesa") de salto, posiblemente por primera vez en la historia de este trayecto ¡Vaya que es estoica mi regalona! Montaba al Jisk'a de mi nieto, con poco más de un año de doma y lo adornó con pompones de auquénido.



Paula, ya en Codpa, montando al Jisk'a.

Hasta donde yo sabía al iniciar la cabalgata, el tránsito directo entre Chaqui y Pintatani debía hacerse por un estrecho sendero a media altura por la ladera norte del valle. Esos 10 km en línea recta de poniente a oriente pueden ser considerados como una “comunidad” que podría llamarse “Pintatani”. En el año 2001 se le había solicitado a la Municipalidad de Camarones la habilitación de una huella vehicular que conectara a esa comunidad con el camino a Codpa.

Pues en el año 2007 nos encontramos con una sorpresa (y experimentamos cierta tristeza) al ver que ya se había implementado una precaria huella vehicular desde Chaqui a

Calaunza y a Pintatani ¡Qué bueno dijeron nuestros caballos! ¡Qué pena dijimos nosotros!, llegarán turistas a perturbar “nuestro patrimonio” de antaño, eliminaron al más espectacular petroglifo de una serpiente que he conocido y ampliaron la huella tropera que sabía a aventura.

En fin, aunque decididos a hacerlo como fuera, llegar a Pintatani fue relativamente fácil siguiendo la huella vehicular que pensábamos que no duraría mucho sin una permanente mantención, pues los permanentes deslizamientos de tierra la deteriorarían. Pena me dio al ver que en Calaunza se “inventaron” burdos geoglifos para los potenciales turistas. Pero, en fin, llegamos a Pintatani.



Loza elegante utilizada por los residentes de antaño.



La huella vehicular llega a una de las dos ruinas del asentamiento del lugar, posiblemente a la habitacional pues no encontramos en ella las grandes tinajas para almacenar el vino, sino solo otras más pequeñas en forma de zanahoria que se enterraban para aguardar agua (¿o vino para el consumo local?) y otros vestigios que dan alguna idea de cómo se vivía allí durante la segunda mitad del siglo XIX.



Restos de una silla tropera

De la huella vehicular se desprende un sendero que esa vez no seguimos por razones de tiempo y seguridad, que llega a las otras ruinas en la ladera norte del río. La vegetación y las crecidas del río habían eliminado la conexión que debió haber existido entre ambas ruinas.

Hubiera querido tener tiempo para visitar las ruinas del otro lado del río, pero al día siguiente nos esperaban más de 8 horas de cabalgata para llegar a Codpa y cumplir con nuestro compromiso con el inicio de la Fiesta de la Vendimia, por sexta vez consecutiva. A Codpa y no le podíamos fallar.

La huella vehicular termina en Pintatani. El 2005 pernoctamos más abajo, en Calaunza y luego

ascendimos a media ladera y tras unas dos horas de cabalgar por una huella tropera con escasa pendiente, los animales debieron enfrentar un nuevo ascenso hasta la pampa.

Pero esta vez, desde Pintatani, fue más duro para ellos. Desde el *talweg* del valle en Pintatani debieron ascender directamente hasta la pampa a lo largo de unas dos horas y media. Mi yegua, fuerte y animosa, se detenía a menudo, incapaz de continuar. La dejaba descansar algunos minutos pero llegó hasta el punto de casi caerse de cansancio: de pronto vi que tiritaba y que sus manos parecían a punto de colapsar. Tuve que desmontar y compartir a pie el esfuerzo de ascender por un tramo escarpado que nos tomó unos 20 minutos antes de decidirme a volver a montarla.



Acampando en las ruinas de Pintatani.

Para las cabalgatas, por convicción uso botas troperas militares, estupendas para caminar y para cabalgar.



Botas troperas militares.

Con botines de “huaso” de tacones elevados, mis pies habrían quedado en un estado miserable: para cabalgar por nuestra sierra se tiene que estar preparado para caminar por horas y horas si el caballo se agota o se lesiona. Y para caminar por esos lares se necesita el más eficiente calzado: nunca se sabe si uno ha de caminar 5-10 horas para llegar a un lugar con agua y vegetación para asegurar la sobrevivencia de la dupla caballo-jinete.

Al fin llegamos a la pampa y desde allí descendimos a Ofragía por la pedregosa y empinada huella tropera, donde encontramos agua y alimento para los caballares.



Bajando a Ofragía. El suelo es piedra desnuda y las herraduras sacan chispas.



Ofragía, un paraíso para jinetes y caballares.

Allí pernoctamos y al día siguiente cabalgamos hasta Codpa y llegamos a tiempo para la ceremonia de inicio.

La cabalgata anual a Codpa intentaba resucitar el pasado arriero con nuestras posibilidades (aparejos modernos mezclados con los tradicionales para las mulas). Me asombra que la modernidad logre remedar en algo al espíritu, estoicismo y entusiasmo y performance de la tropa de antaño, jinetes, caballos y mulas incluidas.

Eso confirma mi convicción de que “andar a caballo” es peyorativo. “Cabalgar” es otra cosa: hay que entrenar a los equinos y a los jinetes, elegir la parafernalia adecuada y definir líderes experimentados. En definitiva, hay que crear una tropa bien afiatada y desprovista de individualismos. El todo (animales, jinetes y parafernalia) debe ser armónico y programado. Ese año 2007, todos los jinetes en conjunto ya habíamos acumulado más de 1.500 horas cabalgando a Codpa, sin ningún humano o equino lesionado. Por algo sería...

Al llegar a Codpa nos ofrecen pintatani, pero antes de beber hay que derramar un poco (*challtar*), porque la Pachamama bebe primero...



Challtando vino Pintatani.



Mi Sumalla (hermosa en aymara), ya descansada y bien ataviada. Por lo asustadiza que era, al vez debí llamarla “spooky”. Las trenzas se las hizo mi hija Paula.

En esta octava cabalgata a Codpa no hubo ningún incidente peligroso. Vamos aprendiendo ¿O es que la Pachamama nos ama?

Cachicoca

Todas las cabalgatas anuales para participar en la Fiesta de la Vendimia las terminábamos en la parte transitable del valle de Codpa, ya sea allí, en Ofragía o en Canchones, en la vecina quebrada de Apanza. En el año 2005 recorrimos la larga ruta que pasa por Calaunza y dos años después, por Pintatani. Pero nuestros desvíos para "hacer turismo" los iniciamos el año 2006 con Cachicoca. Esos tres lugares, abandonados o casi, tienen viñedos que aportan un muy buen vino Pintatani para la Fiesta de la Vendimia. Cachicoca está muy cerca de Ofragía, pero ambas están separadas por una angostura infranqueable del valle y lo mismo ocurre aguas abajo con Pintatani y su vecino inmediato, Bodega del Medio.

Antes de los españoles se instaló en Cachicoca un asentamiento de aymaras carangas "incanizados". Allí se cultivaba coca por entonces. Entre Ofragía y Cachicoca el río desaparecía según la estación, transformándose en acuífero subterráneo y haciendo de Ofragía la última oportunidad para que las caravanas se abastecieran de agua. Tal vez eso explique la riqueza en petroglifos que hay en Ofragía.



Sector medio de la quebrada de Vitor-Codpa. Mapa de Google Earth.

Si se viene desde el occidente como cuando partimos de Arica, o desde el norte en general, solo se puede llegar a Cachicoca descendiendo una terriblemente pronunciada y angosta huella zigzagueante, pero hacia el oriente hay una huella más benigna que asciende a la pampa hasta cerca de Ofragía. Esa es la que utilizaron los codpeños para trasladar el vino pintatani que produjo Cachicoca el año 2006. Antaño varias familias ocupaban el lugar y

explotaban las ulteriormente descuidadas viñas, pero en el año 2006 solo vivía allí un anciano, don Óscar.

Esta vez pernoctaríamos en los Altos de Carza (pampa), luego en Cachicoca, Canchones y finalmente Codpa.

Los jinetes eran todos participantes de cabalgatas anteriores, salvo nuestra invitada especial, Carmen, una dama entusiasta a quien con Carlos y mi hija Paula habíamos estado adiestrando por meses.

Carmen sería la joyita que todos cuidaríamos más allá de nuestra propia seguridad y terminó el viaje habiéndose ganado nuestro respeto y aprecio. Los caballares eran mi asustadiza y regalona "Sumalla", quien suele aportarle una fuerte dosis de emoción a mi vida; el chico y animoso "Jisk'a" de mi nieto; la confiable "Chiquitita" de Carlos; el viejo mañoso pero corajudo y entusiasta que es el "Chinchorro"; el cuasi-elefante "Quinterano", de buen genio pero porfiado como una mula cuando se le ocurre; el indescifrable "Barbarito" de Egon; la tranquila "Chola" de Cristian; la formidable "4x4" del Yoyo y la vieja "Tayka" que abusa de las damas, más un "macho" y dos mulas para la carga. Todos tenían ya amplia experiencia en la sierra.

Esta vez Carlos contrató a una pareja para que, donde fuera posible (pampa y Canchones), nos ofreciera una mesa bien provista.



En primera línea, Cristian, su hijo Egon y Carmen. Desde el extremo derecho, Brunetto de Iquique, Jerónimo, Yoyo, Carlos y Suma Jo.

En los Altos de Carza (ceja septentrional de la quebrada homónima) comienza la real aventura: atravesar la inhóspita sierra. Nuestros periplos suelen tomar más tiempo pues en muchos de los viajes nos desviamos para conocer lugares que están fuera de la ruta

directa. En esta oportunidad queríamos conocer Cachicoca, a solo 5,5km a vuelo de pájaro de Ofragía. No sabíamos cómo descender a Cachicoca, pero “en el camino se arregla la carga”.



Mientras cargamos las mulas, Carmen cuida a la Sumalla y al Barbarito.

Bajar a la quebrada de Carza no es difícil ni peligroso pero debe haber asustado mucho a Carmen, sobre todo presenciando el continuo show de mi yegua, enojada con los otros animales. Carmen montaba al Chinchorro, al que creíamos enamorado de ella durante los meses de instrucción previa por los senderos del valle de Azapa pero quien, en terreno abierto, se suele poner tan brioso que hay que tener brazos ágiles y mucha maña para controlarlo. Tras una hora difícil para Carmen, Cristian le cedió gentilmente a la Chola, pero él llegó a Cachicoca agotado por el esfuerzo de tratar de cansar al Chinchorro, sin conseguirlo. Dilema: ¿cómo continuaría Carmen el viaje al día siguiente? Solución: Brunetto le cedió el inmenso y confiable Quinterano y el chico Chinchorro tuvo que enfrentar una realidad muy diferente con los casi 100 kg de su nuevo jinete más la pesada montura militar, y nunca más se atrevió a chistar.



Carmen parece un punto montando al “Mutante” (el Quinterano, un caballo que quiso ser elefante).

Tras llegar al *talweg* (piso) de la quebrada de Carza, transcurren horas subiendo a la “pampa del teléfono” y luego bajando una y otra vez por la ruta directa a Codpa, pero al llegar a Tierras Blancas el GPS nos indicó alejarnos de ellas para empalmar con la huella que desciende a Cachicoca, y una señal en el camino nos pidió prudencia.





Un descanso en la “Pampa del Teléfono”, tras el esforzado ascenso de la pared meridional de la quebrada de Carza. Allí los teléfonos celulares funcionan y en alguna parte debe estar la unidad que perdí el año 2000.

El sendero del descenso a Cachicoca, de unos 40cm de ancho, era atroz: la huella labrada en la pared de unos 180 m de precipicio zigzaguea interminablemente en un trayecto que nos debe haber ocupado casi media hora. A poco andar, Tayka, la yegua que montaba Suma Jo, se desorienta, enfrenta al precipicio y se para de manos. Suma Jo respondió instantáneamente al “¡desmonta!” que le grité y ganó muchos puntos en nuestro aprecio.

Carmen, con su amistosa cara ahora muy seria, siguió montada, pero con el caballo guiado por Jerónimo, lo que es una garantía de primer orden. Ni un segundo disponible para tomar fotos: conservar el pellejo era prioritario...

Cuenta Suma Jo que, al iniciar el descenso, Jerónimo se le acercó y le preguntó: “¿está preparada para desmontar de improviso como lo hizo Valeria el año pasado?” Ella respondió “bueno, ¡a ese nivel no!, pero si hay que hacerlo, lo hago” ¡Vaya si lo hizo bien cuando tuvo que hacerlo! Es que no invitamos a cualquier aprendiz a nuestras cabalgatas y Suma Jo es un 7 (nota máxima) en decisión, entusiasmo y deseos de aprender. Y Jerónimo otro 7 por toda su gestión y preocupación por la integridad de la tropa...



El descenso. La marca roja señala el lugar donde Suma Jo tuvo su incidente.



Suma Jo, ya en Cachicoca, tal vez pensando qué error cometió con la Tayka.

Cuando ya creíamos llegar al *talweg* del valle, debimos bordear una profunda garganta siguiendo una huella aun más estrecha y de superficie oblicua por los deslizamientos del terreno. Por suerte el suelo en ese tramo era blando, con pocas posibilidades de que el caballo resbalara, pero desde la montura se veía tétrico y no quisiera volver a pasar por allí. No sé cómo se las arregló el Barbarito de Egon para girar 180 grados, negándose a pasar por donde una roca que sobresalía generaba un corto tramo que a simple vista parecía imposible, ni sé cómo Egon se las arregló para retomar el rumbo debido, pero el evento nos abrumó por

algunos segundos y luego nos llenó de orgullo, a su padre Cristian y a todo el resto, por la gestión de nuestro muchacho-jinete.

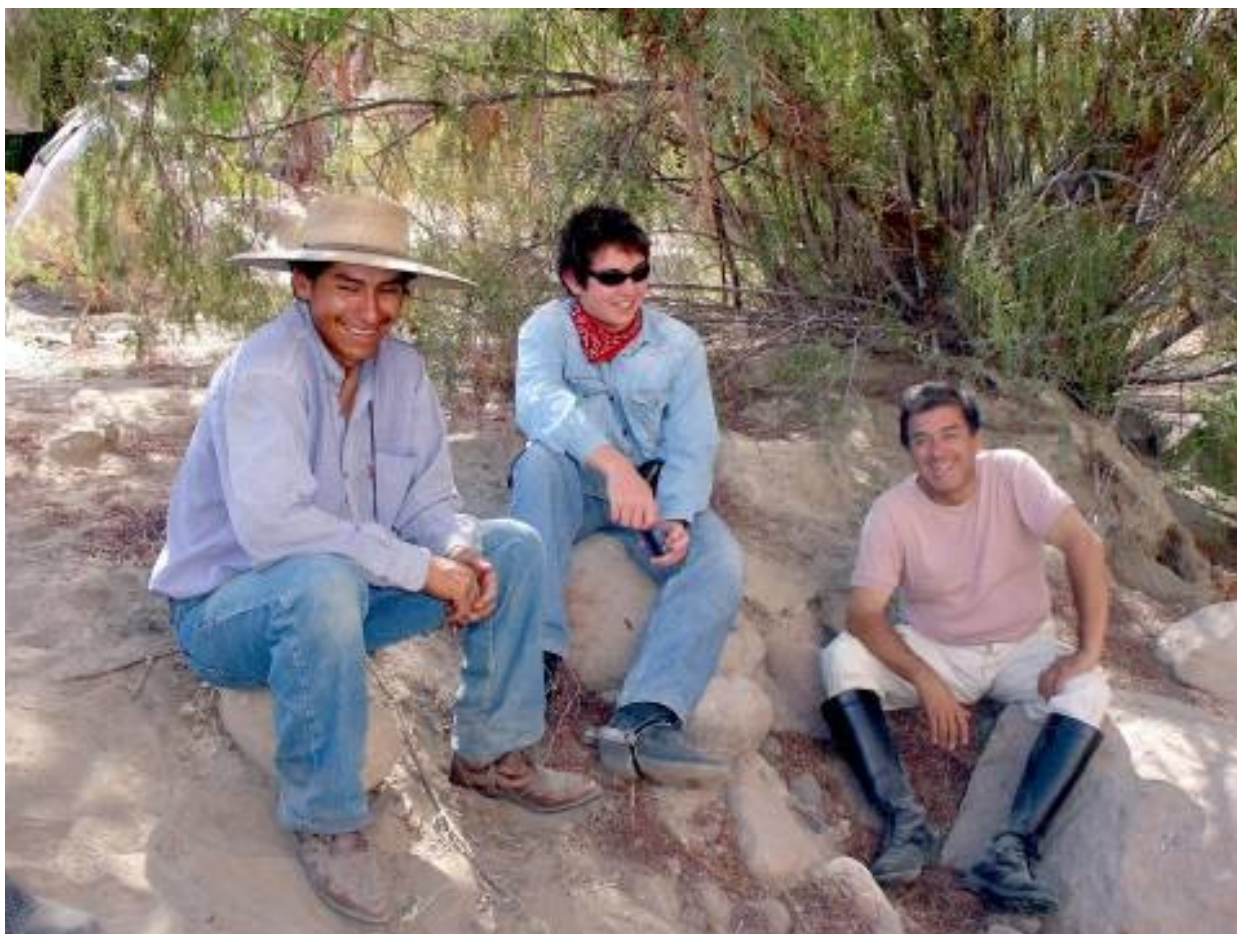
Carmen, nuestra novicia, contaba con la máxima protección: Jerónimo, a pie, le conducía a su caballo y eso es infalible. Suma Jo ya sabía bien cómo enfrentar el obstáculo y el resto ya antes había superado peores situaciones. Pero el suceso nos dejó una lección: en el futuro, ante tramos difíciles, haremos desmontar a los jinetes de menor experiencia no beneficiados por la gestión de Jerónimo. Esa gestión es ciertamente más segura que la del jinete no experto conduciendo a pie al caballo, pero solo hay un Jerónimo...

Sin otros incidentes que el aterrizaje de Carlos cuya montura se había deslizado al cuello de su yegua, llegamos exaltados al paraíso: Cachicoca.



La casa de Cachicoca.

El valle no alcanza a tener 150 m de ancho y el terreno cultivable —lleno de terrazas y canchones—, está ocupado por vides, membrillos, pacayes, naranjos y otros árboles frutales, a la vez que el río está bordeado por cañaverales. Ese día cabalgamos cinco horas para llegar allí y luego esperamos la caída de la noche explorando, dormitando o conversando, para luego regalarnos un asado y merecidos bajativos bajo un cielo siempre descubierto, con todas las estrellas del mundo pues no hay luz artificial que las opaque.



Jerónimo, Egon y Carlos esperando el asado en Cachicoca.

Con Suma Jo, quien se interesa por el pasado, visitamos una bodega en ruinas con grandes tinajas de greda medio enterradas, elaboradas en 1862 para guardar el vino.



Tinajas para el vino, similares a las de Pintatani.

En la bodega está el puntay, donde se recibe el jugo de la uva pisada al otro lado de la muralla, en el lagar. Luego ascendimos la colina adyacente y encontramos restos de habitaciones prehispánicas, con sus “bodegas domésticas” o *collcas* subterráneas, que son unos pozos pequeños de cierta profundidad, con paredes estabilizadas por piedras, donde se guardaban los alimentos. De cuando en cuando se ven petroglifos representando a auquénidos y humanos.

En el extremo oriental Cachicoca, cerca de la angostura del valle y sobre una elevación del terreno, hay un asentamiento de mayor tamaño, con recintos habitacionales circulares que fueron ocupados por aymaras carangas incanizados durante el Período Tardío (incaico). Se cree que allí se cultivaba coca. Cachicoca en aymara significa algo así como “preparar la tierra para cultivar coca”.



Asentamiento prehispánico principal de Cachicoca.



La noche cae de improviso en la sierra, señal para que los centauros festejen como humanos.

La mañana siguiente fue perezosa, pues nos esperaba solo el ascenso por la huella oriental, la que don Oscar describió como fácil.



Casi al terminar el ascenso desde Cachicoca a la pampa, dos mulas se detienen para contemplar un panel de petroglifos, obra de los caravaneros prehispánicos.

A poco andar, cuando ya se llega a la pampa, aparece una apacheta. Éstas, montículos de piedras donde los caravaneros depositaban ofrendas a la Pachamama y a los Mallkus o entidades no humanas que tutelan espacios geográficos definidos, suelen ubicarse precisamente en abras o puntos donde cambia la geología del terreno. Cualquier ofrenda de valor para el caravanero es válida: el bolo de coca que guardaba en su boca, una prenda de vestir, las ojotas gastadas, una piedra más y hasta una pestaña. Para que no desmontaran a recoger piedras, propuse que depositáramos un mechón de nuestra cabellera y al parecer fue bien recibido, pues completamos el viaje sin incidentes tras solo cuatro horas de cabalgata.

Allí, en Canchones y cerca de Ofragía, nos esperaba nuestro apoyo logístico con mote con huesillos, uvas, melones, plátanos y otros manjares, y luego cenamos, pero nuestros caballos no tuvieron agua para beber hasta el día siguiente y debieron conformarse con la pobre vegetación seca del lugar hasta que tarde, muy tarde, la Municipalidad de Camarones nos llevó los fardos de pasto prometidos, pero, una vez más de tantas, olvidó el agua para los animales.



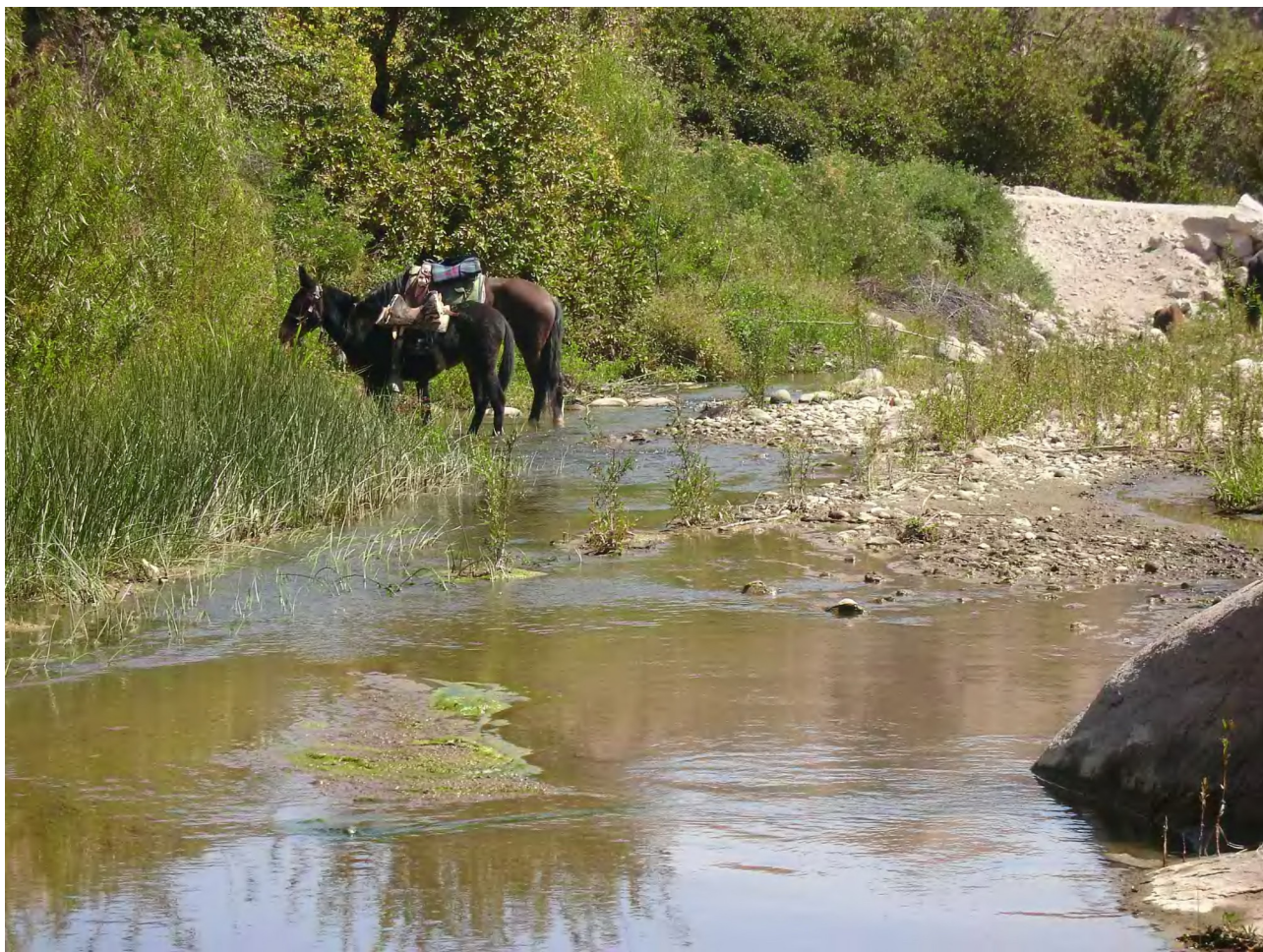
Llegando a Canchones.



Cena en Canchones.

Pena por los animales. Ese día nos dormimos temprano, esperando el agua que nunca llegó. A medianoche nos despertó la inquietud de una de las yeguas y la encontramos acostada sobre el dorso, en muy mal estado. Dándole a beber toda nuestra provisión de agua, unos 25 litros, se recuperó milagrosamente. Ojalá la hubiera visto el funcionario municipal que olvidó el agua: pena, rabia e impotencia eran los sentimientos que nos dominaron hasta que no vimos a la linda yegua bien recuperada.

El sábado debíamos estar al mediodía en Codpa para la Ceremonia Inaugural de la Fiesta de la Vendimia. Sin prisa, cabalgamos por el camino vehicular hasta Ofragía, donde los caballos pudieron al fin beber agua por primera vez en 24 horas.



Ofragía.

Y luego seguimos hasta Codpa, todo lo cual que nos ocupó unas tres horas. Allí saludamos a la Iglesia y luego entramos todos montados al escenario para entregar una donación de 100 kg de arroz portados por las mulas (a cambio de tres botellas de Pintatani) y recibir el cariño y hasta las lágrimas del público, de aquellos que recordaban cuando eran llevados a Arica en angarillas, o a sus padres que se perdían por meses siguiendo los trayectos que intentamos resucitar.

Al anochecer paseaba por una de las calles con Carmen y Egon y nos asomamos a mirar una comilona de unos 30 comensales en la terraza de una casa. De pronto, sin darnos cuenta, un par de ex-funcionarias del Hospital Juan Noé de Arica de cuando yo era el Jefe

del Servicio de Cirugía, nos instalaron en la gran mesa con un inmenso plato de exquisito picante de guatitas (mondongo) —bien picante— y un vaso de fuerte chicha y todos, incluyendo al dueño de casa que yo no conocía, nos trataron como parte de la familia.

Así es Codpa, un remanente de nuestro pasado que no se rinde, un lugar donde el aymara y el caucásico conviven en armonía, un pueblo de gente sencilla y generosa, un depósito de tradiciones andinas que no queremos ver desaparecer. Tenemos los animales, la preparación y los equipos para recorrer cualquier ruta caravanera que se nos ponga por delante pero, por lo dicho, nuestra principal actividad ecuestre es la Cabalgata Anual a Codpa para la Fiesta de la Vendimia.

Pensábamos que llegaría el día en el cual ni Carlos ni yo estaremos en este mundo. Pues ya desde hace años las cenizas de Carlos se guardan en un privilegiado rincón de la ruta, custodiado por petroglifos. Supongo que a mí me dejarán cerca, para tener con quien conversar de caballos, pictografías, petroglifos y aventuras cordilleranas.

Por ahora insto a todos a cuidar nuestro pasado ¡Vamos a Codpa, cuidémosla y conservemos su identidad!

Os saludo desde mi pasado...

